

truido vuestra libertad. Si el día en que me levanté de mi gemmonía hubiérais tenido ánimo para seguirme, en vez de aplastarme, no muriera, no, vuestra República. La libertad es una palabra vacía de sentido si no la llena y la completa la igualdad. Me despreciasteis, me heristeis; casi se desvaneció un alma que aspiraba á ser libre, y se llevó consigo vuestras almas, y acabó vuestra libertad. ¡Oh, Roma! te ha herido la esclavitud.

III.

ORIEL (*en Egipto.*)

Esta es la tierra del misterio y de la muerte. ¿Qué huracan me ha traído á su seno? Miro sus jeroglíficos, y no los comprendo. Interrogo sus esfinges, y están mudas. Giro en todas direcciones los ojos, y columbro colosales monumentos que en realidad son colosales sepulcros. Esas magníficas pirámides, que semejan á montañas talladas, cuyo peso apenas puede soportar la tierra, contienen bajo las moles abrumadoras sólo restos de reyes. Nada habla aquí de la vida. Yo habia recorrido otras tierras, habia tocado con mis profanas manos otras aras, habia sentido caer sobre mi inteligencia la lluvia de otros pensamientos. Parecíame que el calor de nueva vida se deramaba en mis venas y que al contacto de otros

espíritus mi espíritu oprimido sentía el comienzo de su redencion. ¿Quién me ha traído aquí?

SATANAS (*surgiendo del seno de la tierra.*)

Yo.

ORIEL.

¿Quién eres tú que apenas te conozco, y que tanto me repugnas?

SATANAS.

Yo me defino á mí mismo poco más ó ménos como los dioses. Yo soy quien soy. Pues ahí es moco de pavo una definicion. Como he asistido á las áulas de los retóricos y de los sofistas, como soy tambien un poco retórico y un poco sofista, sé cuán difícil cosa es siempre definir.

ORIEL.

¿Y por qué me has traído aquí?

SATANAS.

Porque yo soy el mal.

ORIEL.

¿Y cómo hasta hoy no te he encontrado?

SATANAS.

Pues me has sentido mil veces.

ORIEL.

¿Cómo, dónde?

SATANAS.

En el hierro de tu cadena, en la sombra de tu ergástula, en la hiel de tu amargo pan, y en el fondo de tu eterna servidumbre.

ORIEL.

Invisible á mis ojos ántes, sólo recuerdo haberte visto una vez en el desierto, y ahora.

SATANAS.

El mundo va envuelto en una atmósfera de ideas. Todas estas cosas que ves tan de relieve al sol deslumbrante del Africa, tienen su sombra en otra region más alta y más extraña, que se llama la inmensa region del pensamiento. El Universo entero está allí en espíritu.

ORIEL.

¿Y qué?

SATANAS.

Cuando estabas en Asia, estabas en la tierra de la indiferencia, entre el bien y el mal; en la tierra de la divinizacion universal, donde el hombre, inocente como un niño, todo lo cree bueno y en todo ve la divinidad.

ORIEL.

Continúa.

SATANAS.

Cuando estabas en Grecia y en Roma, estabas entre gente moza y alegre, que hasta de los males ha hecho dioses hermosos y rientes.

ORIEL.

¿Y ahora dónde estoy?

SATANAS.

¿Creías por ventura que el mundo era una línea recta? ¿Creías que despues de tantos y tantos

siglos de esclavitud, bastaba haber oido en una Academia de Atenas, en un campamento de Roma, la palabra libertad para que inmediatamente se fundieran tus cadenas? Has llenado el tiempo, has recorrido la tierra, eres uno con la historia, posees la ciencia de las ciencias, el dolor; y aún te desconoces á ti mismo y desconoces á los demás hasta el extremo de ignorar lo eterno, lo omnipotente, lo universal; mi sér de donde surgen todos los males.

ORIEL.

Pero tú ¿quién eres?

SATANAS.

Vivo en tí eternamente y no me conoces. Si alguna vez te has reido del infortunio, yo soy aquella carcajada. Si alguna vez has apetecido la desgracia ajena, yo soy aquel deseo, yo soy aquel apetito.

ORIEL.

Apenas comprendo tu existencia.

SATANAS.

Como el pobrecillo Job.

ORIEL.

¿Qué necesidad tiene de tí el mundo?

SATANAS.

Quizá no sea yo en el Universo; pero soy en la inteligencia.

ORIEL.

Ahora te comprendo ménos.

SATANAS.

Pues habiendo pasado por Grecia habrás visto muchos filósofos.

ORIEL.

Ciertamente.

SATANAS.

Y al fin de cuentas ninguno es tan claro como yo.

ORIEL.

Explicáte mejor.

SATANAS.

Llamais á vuestra inteligencia, infinita, absoluta, eterna. El hombre es el eterno borracho de los mundos, tan ébrio de orgullo, como abrasado de lujuria. Cree su inteligencia absoluta, y esa pobre inteligencia no puede afirmar una idea sin que inmediatamente surja su contraria. En el mismo vaso donde bebes el amor va mezclada la muerte. Y como en vuestras largas investigaciones habeis llegado los hombres, para ser libres, al dios personal del bien, ha surgido de vuestra misma fantasía, como una inmensa sombra, el dios personalísimo del mal. Yo soy la araña de sombras en cuyas patas van como engarzados los topacios de los mundos. Yo soy el bufon con cascabeles que salta tras el sublime trono del Eterno. Y para que nada me falte, yo soy político y poeta. Con mi política vuelvo tonta una mitad del género humano, y loca la otra mitad con mi poesía. Yo soy el diablo; y á mí se darán quince veces por dia todos los mortales desde que les

duelan las muelas por cualquier cambio de temperatura hasta que les abrase el amor por cualquier razon te temperamento. Yo soy la nata y flor (*cantando y riendo.*)

ORIEL.

Mas á lo ménos dime por qué me has traído aqui.

SATANAS.

Muy pronto voy á decirte el por qué y muy claro.

ORIEL.

Acaba.

SATANAS.

Así sois los hombres. En el deseo está la felicidad y en la satisfaccion del deseo está el desencanto, el desengaño. Y sin embargo, teneis febril impaciencia por llegar á la satisfaccion de todos los deseos que es tanto como llegar á todos

los desengaños. Trabajos inacabables de ciencia para llegar á saber que surgísteis de la tierra como los hongos y que teneis por toda ascendencia los monos. Luego sois una máquina. Y vuestro pensamiento, esa idea creadora que es la luz de la luz, el alma del Universo, vuestro pensamiento queda reducido á una secrecion de la cabeza como la cerilla de vuestros oídos ó como los mocos de vuestras narices.

ORIEL.

Hablador estais.

SATANAS.

¿No ves que yo soy el principio de contradiccion? ¿Han crecido ciertas ideas? Pues yo he crecido tambien con ellas. El aumento del bien, cosa baladí. Al cabo se ha de resolver en el aumento del mal como la creacion entera se resuelve por la muerte y por la putrefaccion ¡ay! en inmenso monton de estiércol.

ORIEL.

¿Pero acabarás alguna vez de decirme por qué me has traído aqui?

SATANAS.

Parto sin dolor, imposible. También imposibles revoluciones sin reacción.

ORIEL.

¿Y qué?

SATANAS.

Atenas había llegado hasta la unidad del espíritu, y Jerusalem hasta la unidad de Dios. Si estas dos unidades se juntan en el hombre por medio de Roma, la redención está hecha, la igualdad promulgada en las conciencias, el esclavo emancipado, y yo me quedo como un trasto viejo en las bohardillas de la inteligencia, objeto de compasión más que de odio.

ORIEL.

¿Y qué has pensado para evitar eso?

SATANAS.

¿Qué he pensado? Cosa difícil es. El esclavo ha trabajado mucho, y el trabajo es un principio

de redención casi incontrastable. He pensado en deshacerlo todo. A Jerusalem ya me la tienen apresada los fariseos, y á Atenas los sofistas. He tentado á Roma para que se convierta de una ciudad de legisladores en una ciudad de pretorianos. Y he encerrado el alma de Asia, que se evaporaba y se perdía en el breve y lindo cuerpo de una prostituta con corona. Y el pretoriano de Roma caerá en los brazos de la prostituta de Asia. Y este contubernio debe celebrarse en la tierra de los misterios, que arrojarán sus sombras sobre la inteligencia emancipada; en la tierra de la muerte, que envenenará hasta el alma de Roma.

ORIEL.

¿Y..?

SATANAS.

Y el esclavo olvidará todo lo que ha aprendido; retrocederá en todo cuanto ha adelantado, y volverá á ser el pária del Oriente confundido como un feto con las entrañas de la naturaleza. Y no volverá esa idea de la justicia á vislumbrarse en

la inteligencia, ni esa idea de la libertad á penetrar en la razon humana. El hombre volverá á su sueño eterno. Para esto no hay cosa como una reaccion á tiempo.

IV.

LOS DIOSES GRIEGOS Y ROMANOS (*sobre las pirámides de Egipto.*)

Tenemos frio. Un viento helado penetra en nuestros templos. El fuego del sacrificio se apaga en el ara. Los creyentes no vienen á las ceremonias. La Pitonisa de Delfos ha enmudecido. En cambio se ha levantado por las riberas de Parthenope, la Sibyla de Cumas, anunciando que se acerca un Dios único, superior á la naturaleza, el Dios del espíritu. Madre tierra, ¿no te defenderás? ¿Dejareis, ¡oh estrellas! que os arrebaten vuestros génios; dejareis ¡oh arroyos! que perezcan vuestras ninfas; dejarás ¡oh mar Mediterráneo! que las ondas escupan á la orilla los yertos cadáveres de tus divinas sirenas? Aquí venimos, á la tierra de los misterios, en pos de un filtro para prolongar nuestra vida. Aquí, donde

todos los dogmas de la teogonía asiática se reunen; aquí donde todos los misterios se esperan; aquí donde reina la muerte, encontraremos el veneno que mate á nuestro gran enemigo. Levántate, espíritu eterno de la Naturaleza; levántate, alma eterna del Asia.

LA SERPIENTE ASIATICA.

Yo tentaré al romano que tiene la fuerza y que esgrime las armas. Yo me enroscaré á su cuerpo. Yo silbaré palabras venenosas en su oído. Yo me deslizaré en su lecho. Yo le arrastraré á destruir esa Roma que hace de su espada el arado con que se abren surcos profundísimos en la conciencia humana, para sembrar la nueva idea de que surgirá el nuevo Dios. Yo renovaré la tentacion del Paraíso, y el hombre volverá á caer en la tierra hechizado por la magia de nuestra hermosura y de nuestro prestigio.

LOS DIOSSES.

Apresúrate, porque enardecidos en el nuevo espíritu, se levantan á romper sus cadenas los esclavos; y el día que se quiebren esas cadenas en

sus brazos, se quebrarán también estas coronas en nuestras espaciosas frentes. ¡Sús contra el romano!

(La serpiente toma la forma de Cleópatra.)